

DISCURSO DEL ILMO. SR. D. FRANCISCO VARO,
DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Magnífico Señor Rector.

Estimados colegas y participantes en el Simposio.

Tengo el honor y el gusto de dar a todos la bienvenida a este Simposio Internacional de Teología, que según viene siendo tradicional, organiza nuestra Facultad en la segunda semana de Pascua.

Llegamos a la vigésimo segunda edición que es —aunque sea superfluo recordarlo— la primera que se celebra en el Tercer Milenio, recién comenzado.

La elección del ámbito de la Escatología para este primer simposio del siglo XXI no es consecuencia de que los organizadores se hayan dejado seducir por ilusiones milenaristas, sino que obedece —como saben bien— a una necesidad urgentemente sentida, ya sea de modo explícito, ya implícito, por los hombres de nuestro tiempo: la de buscar una respuesta a la cuestión del sentido de la vida y de la historia humana, y valorar las perspectivas que se abren desde la fe cristiana para esa búsqueda.

Es casi un lugar común en nuestro tiempo hablar de la «crisis de la modernidad» o del «fin del proyecto moderno» ante la frustración que ha supuesto el derrumbamiento de las grandes utopías sociales del siglo pasado —recordemos las consecuencias de la caída del llamado «telón de acero»—, o la alarma generada por algunas consecuencias inesperadas del progreso técnico, donde se manifiesta que no todo eran ventajas en algunos aparentes avances.

Se podría decir que el «hombre adulto» de los tiempos modernos, confiando orgullosamente en sus capacidades, ha experimentado en sí mismo la fatalidad de Prometeo, aquel personaje mítico donde se encarna el espíritu de iniciativa de los hombres que intentan construir su futuro haciendo frente a las fuerzas divinas.

Según canta Esquilo en su tragedia *Prometeo encadenado*, este héroe puso todas sus energías en otorgar a los hombres toda clase de benefi-

cios: les enseñó el cómputo del tiempo, los números y la aritmética, el alfabeto, la memoria, el arte de domesticar animales, la navegación, la medicina, la ciencia de predecir el futuro, la industria metalúrgica, y, sobre todo, el fuego. Pero pagó cara la osadía de su autosuficiencia y terminó en el Cáucaso encadenado a una columna, donde un águila enviada por Zeus le destrozaba el hígado.

La vieja leyenda expresa con imágenes míticas una realidad verificable. Ciertamente, Dios no castiga por envidia como Zeus, pero el hombre puede observar que, cuando intenta dominar la creación con sus solas fuerzas, se ve sometido a esclavitud, amarrado con las cadenas que él mismo ha forjado.

En efecto, también en nuestros días se constata la experiencia de los desequilibrios interiores y las fracturas en la convivencia social que genera el empeño utópico de construir un mundo feliz sin Dios.

En la sociedad llamada post-moderna late continuamente la tentación de ceder al desaliento de alcanzar grandes ideales, e incluso ante la posibilidad de que haya algo que realmente merezca la pena ser buscado con todas las fuerzas.

Siguen siendo actuales las palabras del viejo Qohélet donde se refleja la amargura del desencanto: «He realizado grandes obras: me construí casas, planté viñas, roturé huertos y vergeles, y planté en ellos toda clase de frutales. Hice albercas para regar con sus aguas un bosque donde crecieran los árboles. Compré siervos y esclavas, y tuve servicio doméstico. Poseí rebaños de ganado mayor y menor más numerosos que los de todos mis predecesores en Jerusalén. También acumulé plata y oro, tributos de reinos y provincias. Tuve cantores y cantoras, escanciadores y bodegueros que hacían las delicias de los hijos de los hombres. Reuní más bienes que todos mis predecesores en Jerusalén, y además mi sabiduría permanecía conmigo. No aparté mis ojos de cuanto apetecían ni reprimí mi corazón de ningún placer, así que mi corazón disfrutó de todas mis ganancias. Esto es lo que llegué a poseer con mi trabajo. Y cuando reparé en todas las obras que hicieron mis manos y el trabajo que costó realizarlas resulta que ¡todo es vanidad y empeño vano!» (Qo 2, 4-11).

Cuando falta una referencia clara al «después» es difícil encontrar un sentido a cualquier proyecto que trascienda el goce momentáneo del hoy y ahora: «la suerte de los hombres y la suerte de los animales es la misma —dice Qohélet—: como muere el uno muere el otro. El aliento es el mismo para todos: el hombre no aventaja a los animales, pues todos son un soplo. Todos van al mismo lugar, todos vienen del polvo y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe si el aliento del hombre asciende a lo alto y el aliento de los animales desciende abajo, a la tierra? He

visto que nada hay mejor para el hombre que disfrutar de lo que hace, que es lo que le corresponde. Pues ¿quién le mostrará lo que habrá después de él?» (Qo 3, 19-22).

Como entonces, también hoy en la vida de muchos se impone de hecho una instalación acrítica en el precario disfrute del momento presente, que deja como regusto un hondo vacío interior. Cuando interesa ante todo el goce de la comida y la bebida, la evasión, la seducción del sexo y el empeño por dejar de lado todo sufrimiento, el hombre queda prendido en las redes de los poderes que lo corrompen y esclavizan. Los más altos sentimientos, el afán de tener una vida feliz y duradera, disfrutando de una paz social estable, resultan con frecuencia sofocados. Una cultura sin Dios termina en una cultura sin esperanza.

Sólo desde la fe en Jesucristo Crucificado y Resucitado es posible realizar un diagnóstico certero de esas quiebras y dar respuesta a las aspiraciones que laten en lo más profundo de todo ser humano: «Nos has hecho, Señor, para ti —clamaba Agustín de Hipona—, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (*Confesiones* I, 1).

Desde la perspectiva escatológica se encuentra un sentido pleno a los afanes nobles que bullen en el hombre. Por eso la cuestión es y —aunque cambien las circunstancias— será siempre actual.

«Al proclamar y explicar de nuevo que creemos, con la Iglesia de ayer y de hoy, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna —son palabras del Documento *Esperamos la resurrección y la vida eterna* de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe (26.XI.1995)—, ofrecemos también a todos motivos fundamentales para la renovación de la vida personal y para la regeneración de la convivencia social» (n. 1).

A la luz de la Revelación divina, hay razones e incentivos para la esperanza. «La figura de este mundo —se dice en *Gaudium et spes*, n. 39—, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas, que Dios creó pensando en el hombre».

Por eso —como apunta lúcidamente Mons. Javier Echevarría en su reciente libro *Itinerarios de vida cristiana*— «el hijo de Dios recuerda que la gracia, respetando la naturaleza de todas y cada una de las realidades terrenas, puede contribuir, desde dentro de esas encrucijadas —como enseña la Constitución *Gaudium et spes*, del Concilio Vatica-

no II— a que crezca la perfección de la humanidad. Sin soñar ni añorar mundos utópicos, sin atribuirse primacías o privilegios, el cristiano sabe que la espera de esa tierra nueva prometida en el Apocalipsis “no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece ese cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya ahora un cierto esbozo del siglo nuevo” (*Gaudium es spes*, n. 39)» (pp. 190-191).

De algún modo, el repostero que en esta sala sirve de fondo al desarrollo de las ponencias, es una continua llamada a ser hombres que trabajan con esperanza y aman apasionadamente al mundo, al que contemplan desde la luz que les proporciona su fe.

Están escritas en él unas palabras entrañables predicadas por el Beato Josemaría durante una homilía pronunciada aquí, en el *Campus* de la Universidad de Navarra: «En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...» (*Conversaciones*, n. 116).

Asumir el mensaje cristiano, con todas sus consecuencias, en los umbrales del tercer milenio, es un reto personal y social de dimensiones colosales.

Desde esa perspectiva, el diálogo teológico acerca de la Escatología y la vida cristiana al que nos vamos a dedicar en estos días, busca las luces que el mundo y la cultura de nuestros días reclaman.

Como ha recordado recientemente el Santo Padre Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, «se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta última nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla» (n. 52).

Debo terminar. Estas palabras sólo pretenden ser un mensaje de bienvenida y estímulo para el trabajo que nos disponemos a afrontar.

Únicamente desearía añadir algo más: mi deseo de que, en estos días, todos los participantes en el Simposio puedan encontrar entre nosotros el ambiente de acogida cordial y fecundo diálogo científico que, desde su inicio, viene siendo característico de estas jornadas.